

y las mujeres preparan suculentos manjares indígenas.

El león prisionero hace, bien que en balde, inauditos esfuerzos para salir de su tenebrosa cárcel, hasta que exánime, rendido y jadeante, queda inmóvil.

Aun no ha apuntado el día, y ya los árabes vecinos acuden á presenciar el espectáculo; y cuando los primeros rayos del Sol alumbran el campo africano, todos acuden á porfía á contemplar el *Señor del desierto*, caído en el fondo del abismo.

La alegría llega al colmo si el prisionero es león macho, adulto y de desarrolladas crines.

Llueven sobre el león insultos y piedras, y los indígenas, armados con espingardas, disparan á mansalva sobre la fiera hasta dejarla sin vida. Seguros ya los árabes de que el león está bien muerto, bajan al fondo del hoyo, atan con cuerdas el cadáver del animal, y merced á un ingenioso y tóscico torno lo sacan á flor de tierra.

El animado festín y la fiesta suelen terminar reparatiendo las madres, entre sus hijos varones, pequeños pedazos del corazón del león para infundirles su valor y fiereza. Las mujeres se apoderan, y guardan cual preciosos amuletos, las crines del león.

Otro artificio ó manera de cazar los árabes el león, es el *aguardo* ó *malbeda*, cuya verdadera significación es *escondrijo*.<sup>(1)</sup>

El *aguardo* bajo tierra se realiza abriendo un agujero de un metro de profundidad y cuatro de anchura; cúbrese de ramaje y tierra apisonada, dejando sólo pequeños instersticios por donde apuntar al león, y una puerta para penetrar en el foso los tiradores. Semejantes *aguardos* suelen construirse en el borde de los cañizos frecuentados por los leones.

Como sería difícil empresa acertar al león que pasa rápidamente por el sendero, los árabes suelen colocar un cebo (jabalí ó ciervo), ante el cual se detiene la fiera, proporcionando ocasión y espacio para disparar cómodamente contra ella.

Harto raro es que el animal sucumba en el acto; y acontece que el león, después de ser acribillado á balazos, da prodigiosos saltos de uno á otro lado, sin sospechar que el enemigo que busca se halla á sus pies; hasta que, fatigado y rendido, se dirige y desaparece en la espesura.

El *aguardo* sobre de un árbol se verifica desde las altas ramas de un copudo cedro ó encina entre las que se ocultan los tiradores.

(1) *La chasse au lion*, por Jules Gérard, le tueur de lions.

El *Zerazer* es una montaña notable, más que por sus bosques, por sus flancos y crestas, cubiertos de enormes rocas, dispuestas á maravilla para servir de guarida y refugio al león.

Al pie del *Zerazer* hállanse con frecuencia los adueros de la tribu de *Ouled-Ossi* con sus numerosos rebaños. Cuando el raptó ó degüello de una oveja ó carnero, ó bien un rugido, anuncia la presencia del león, los adueros empiezan á conmovirse, y no tardan en organizarse cacerías para matar á la fiera. Celébranse consejos, consúltanse los ancianos y queda, al fin, concertado el plan de campaña.

Cinco ó seis cazadores, elegidos entre los más robustos y jóvenes, parten hacia las crestas del monte para vigilar todos los movimientos de la fiera, y comunicarlo por señas á sus compañeros. Cuando los atalayas u ojeadores han alcanzado la cima, el resto de los cazadores se pone en movimiento.

Muchas veces es tal la espesura de los bosques, cuyas ramas se juntan y entrelazan, que la columna tiene que romperse, y dividirse en grupos. Cuando alcanzan alguna plazoleta ó claro, entonces hacen alto, se juntan y comunican.

Esta marcha se hace ruidosamente, llenando al león de groseros insultos y epítetos.

El león sigue quieto, inmóvil, esperando el instante oportuno para entrar en la refriega.

Los cazadores sufren, durante el camino, las peripecias propias de lo ignoto, equivocando las huellas, juzgando que son más de una las alimañas.

Más de una vez sucede, por ejemplo, que los árabes hallan dos huellas que se cruzan, y, confundidos, no saben qué partido tomar.

El caso es grave, y los cazadores se reúnen y agrupan en un claro del bosque para deliberar.

Los ancianos de la tribu proponen la retirada, y volver al día siguiente acompañados de algun *marabut* ó sabio, para conjurar al león y alejarle del país.

Otros proponen encender un buen fuego á la entrada del bosque, pidiendo refuerzo á otros adueros.

Casi siempre hemos visto acordar el consejo persistir en el ataque.

¿Era preferible seguir todas unas mismas huellas, ó bien rastrear las dos, dividiéndose los cazadores en columnas?

Generalmente también se opta por la división en dos columnas de ataque.

En lugar de formar un ejército con un número igual de combatientes diestros y valerosos, se forma otro, dividido por adueros, tiendas y familias; de suerte que si

hay treinta hombres un grupo puede contar hasta veinte fusiles, y el otro sólo diez.

Formadas las dos columnas, se ponen en marcha, y se separan al llegar á la bifurcación indicada por los rastros, prometiéndose mutuo auxilio y ayuda al oír el primer disparo y los gritos de alarma.

Cada una de las dos columnas sigue entonces silenciosamente las huellas de la fiera.

Una de las cacerías árabes, que sirven de ejemplo para esta narración, se hallaba dirigida por un jefe, Abdallah, tipo de un cumplido y valeroso caballero.

Su vida es legendaria, y sus proezas cazando el león son infinitas. Los suyos le adoran, porque, el primero en el peligro, ha salvado sus vidas en el campo de batalla y en la lucha con los leones.

En una de estas cacerías, Abdallah, que mandaba una de las columnas, seguía las trazas del león, seguro de encontrar á la feroz alimaña.

De repente se oyó un terrible rugido, que sonó á pocos pasos de Abdallah.

—¡Todo el mundo al suelo!—gritó el árabe con voz estentórea;—¡á tierra, hijos de Cessi! ¡acordaos de que sois hombres y que yo soy vuestro jefe!

Los árabes se agrupan y apiñan, preparando sus fusiles.

¡Solemnes instantes! Los cazadores y el león no se ven, y sólo se hallan separados por una cortina de verdura.

De improviso, uno de los árabes grita:—¡El león! ¡allí está el león!

La feroz alimaña vióse descubierta y forzada á aceptar el combate. Antes de dar tiempo á disparar, se lanzó sobre el grupo de los árabes, magullando la cabeza del uno, destrozando el brazo del otro y sembrando por doquier el pavor y el espanto; y tras tales proezas, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció de nuevo entre las malezas y arbustos de la selva.

Entonces se oyeron gritos y clamores, y un coro de reconvenções é improperios.

Por fortuna, las voces del jefe y la llegada de la segunda columna acallaron aquellas voces, y volvió á restablecerse el orden.

El primer choque con la fiera había ocasionado un muerto y dos heridos.

Se oyeron juramentos de venganza contra la fiera.

El león, irritado por la pelea, ebrio de sangre, volvió de nuevo, lanzando estruendosos rugidos; y con las fauces abiertas, y echando chispas por los ojos, atacó á los cazadores árabes.

Esta vez los cazadores acribillaron el león á balazos.

La feroz alimaña, herida, procuró desgarrar y matar. Su rabia era grande, y su fuerza muscular colosal en aquellos supremos instantes de agonía.

¡Pobre del árabe que se ponga al alcance de sus acerradas garras!

El animal murió al fin, y los cazadores corrieron á socorrer á sus compañeros, derribados por la fiera.

Murieron dos árabes, y hubo cuatro heridos, dos gravemente.

Los europeos tendrían por triste y desdichada jornada la que acabamos de referir. Los árabes la bautizan de afortunada, y fuera de los más próximos parientes nadie se preocupa de los muertos y heridos.

El cuerpo del león, sujeto por las patas á gruesos troncos de árboles, fué llevado triunfalmente.

Los árabes regresaron á sus respectivos adueros, y fueron recibidos por sus parientes, amigos y mujeres, con singular contento y alborozo.

Todos preguntaban y todos se afanaban por conocer los detalles de la cacería. Se celebró con gritos y fiestas aquella proeza. Un árabe, adornado con la piel del león é imitando sus rugidos, contribuyó á la algazara general, hasta que, cansados los árabes de chillar, correr, moverse y saltar, vinieron al reposo y la calma.

Así cazan los árabes de las tribus de Ouled-Meloul, y los Ouled-Cessi, en el territorio argelino.

## II

Los árabes ojeadores señalan los movimientos del león, valiéndose del alboroz. Cuando el indígena divisa á la fiera, arrolla un extremo de aquella prenda, que agita con la mano derecha.

Entonces, uno de los cazadores se destaca del grupo, y mueve los pliegues de su alboroz de derecha á izquierda, lo que equivale á decir: «¿Dónde está?» y «¿Qué hace?»

Si el león permanece inmóvil, el ojeador levanta á lo alto de su cabeza, con las manos, los dos extremos del alboroz, déjalos caer, da algunos pasos y á breve trecho vuelve á repetir aquella señal, que se traduce por: «Está inmóvil delante del cazador y á alguna distancia.»

Según el león se dirija hacia la derecha ó á la izquierda, el árabe atalaya camina en la misma dirección, agitando también el alboroz á derecha ó á izquierda; y cuando, en fin, la feroz alimaña endereza



LA FUERZA DOMINANDO LA ASTUCIA, POR SPECHT